



MERCEDES LA VALENCIA
Y EL PÉNDULO DEL TALIÓN

Joaquín Barreira

MERCEDES LA VALENCIA Y
EL PÉNDULO DEL TALIÓN



Primera edición: marzo de 2022
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Joaquín Barreira

ISBN: 978-84-19151-56-8
ISBN digital: 978-84-19151-57-5
Depósito legal: M-6151-2022

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A la memoria de tía Mercedes La Valencia, quien, sobreponiéndose a su inmenso dolor por la injusta muerte del fruto de sus entrañas, se convirtió en «madre coraje» para salvar a los que quedaban en pie de la familia, buscando establecer lazos de CONCORDIA con los causantes de sus males, para así lograr finalmente parar el Péndulo del Talión surgido con la Guerra.

Y a Mercedicas La Valencia, su sobrina y mi esposa, que recogió con pasión su testigo.

Y DIRIGIDA a las jóvenes generaciones, en especial a las de la familia, para que, teniendo presentes las enormes desgracias que la DISCORDIA social trae siempre consigo, no caigan en las redes de los sembradores de ella.

AGRADECIMIENTOS

A toda la familia de Los Valencia de Azuara (Zaragoza), que pusieron a mi disposición, sin cortapisa alguna, cuanta información tenían sobre la protagonista de esta obra. Y a mi amigo y colaborador Miguel Marco Martín, cuyas informaciones constituyeron un elemento de inestimable valor para la articulación de esta novela.

«Y es lo más triste, que esas desdichas nacionales responden casi siempre a influencias extraña interesadas en fomentarlas; luchas que ni traen gloria ni producen héroes, porque los laureles que en la guerra civil se conquistan van teñidos con sangre de hermanos y regados con lágrimas de la madre Patria».

MUÑIZ Y TERRONES

«Las madres coraje son aquellas que han sobrepasado los límites de la superación, que lo han tenido todo en contra pero no han dejado que el viento rompa sus ramas, que han rescatado sus fuerzas para proteger su nido, que se han recompuesto y han salido adelante con sus polluelos».

RAQUEL ALDANA

«POR LA CONCORDIA los estados pequeños se hacen grandes, mientras que la DISCORDIA destruye los más poderosos imperios».

SALUSTIO

COMENTARIOS DEL EDITOR A LA OBRA

Difícil acometida la del autor cuando, para afrontar la verdad de sucesos ocurridos en un pasado, si no reciente, al menos cercano, debe contar con la valentía necesaria como para perdonar tamañas atrocidades. Pone sobre la mesa la historia de una familia desgarrada por las idas y venidas de una guerra que no acababa nunca y que, a su paso, solo dejó devastación, odio y rencor; mucho rencor.

En efecto, los *Valencia* resultan ser un paradigma de familia asolada por la Guerra Civil perfectamente extrapolable a muchas de las que tuvieron la desgracia de vivir aquellos días aciagos de nuestra historia más infausta. Cabe, por tanto, este homenaje que el autor extiende a cuantos padecieron por sus ideas o bajo las bayonetas de envidias y rencores.

Una profusa muestra documental sustenta estos hechos que el autor relata en forma de novela, con toques cuasi ensayísticos en ocasiones. Muy bien resueltos los diálogos de los protagonistas, que ayudan a la comprensión no solo de los hechos, sino de todo un pandemónium de emociones y sentimientos, muchas veces exacerbados, de quienes se vieron a cualquiera de los lados ideológicos de aquella contienda interminable.

Pero lo realmente difícil de esta obra es la neutralidad. No juzga el autor los hechos; más bien los describe, deja que sea el lector quien asuma la responsabilidad de un juicio lejano en el tiempo, aunque próximo en aspectos ideológicos como los descritos. No

es fácil mantener fría la pluma y no dejarse envenenar por sentimientos evidentes de frustración. Queda bien claro, pues, que unos y otros acabaron cometiendo tropelías cegados por su afán de venganza.

Una obra de espectro limitado a los amantes del subgénero «Guerra Civil» que son muchos y siempre ávidos de una nueva perspectiva de esa parte de nuestra historia que no debió tener lugar jamás.

Solo un detalle más: el suscriptor nació en un pueblo casi homónimo y que aparece en esta obra: Azuaga, Badajoz, donde también aquella guerra llenó de calamidades, miseria y venganzas calles y plazas.

LUIS C. FOLGADO DE TORRES
Editor general del Grupo Caudal

NOTA DEL AUTOR

Esta novela, cuyo ingrediente de ficción atañe al modo en el que se desarrollaron parte de los hechos que en ella se narran, en cuanto que plenamente ceñida a la realidad de hechos y personajes que acredita documentalmente, a buen seguro no será del agrado de sectarios de ambos signos, en ese decir de George Orwell de que: «Todo el mundo se cree las atrocidades del enemigo y descrea de las que habrían cometido los de su propio bando, sin preocuparse siquiera en tener en cuenta las pruebas». Y eso, porque atrocidades fueron las que, en la localidad zaragozana de Azuara, en el oscilar de un siniestro péndulo regido por la ley del Tali3n, comenzaron por cometer los confederados de la columna anarquista Carod-Ferrer apoyados por unos pocos vecinos del lugar y, en ciega venganza, los llevados a cabo despu3s por miembros locales de Falange o promovidos por residentes perjuros y autoridades prevaricadoras.

A salvo de tan infaustos sucesos y aunque maltrecha en su salud a consecuencia de ellos, pero satisfecha de haber logrado, en el papel de *madre coraje*, parar el diab3lico péndulo del Tali3n surgido con la guerra y restablecer el ambiente de concordia donde las nuevas generaciones convivan. Su protagonista, Mercedes *La Valencia*, en forma de soliloquio, va rememorando a lo largo de estas p3ginas todo lo vivido y ocurrido en su entorno durante la contienda, la posguerra, hasta llegar a su presente.

EL AUTOR

I

TENSANDO LA CUERDA DEL PÉNDULO DEL TALIÓN

En Azuara, mi pueblo, me conocen como Mercedes *La Valencia*, porque *Los Valencias* es el apodo de mi familia, que proviene del segundo apellido de mi padre: Lorenzo Blasco Valencia.

Y hoy, a mis cincuenta tres años, con la perspectiva y el sosiego que el paso del tiempo me brinda, me propongo recordar los hechos que, en mi pueblo, a modo de oscilante azote de un siniestro péndulo regido por la ley del Talión y accionado por la barbarie revolucionaria y el desproporcionado afán de venganza, comenzaron por romper la convivencia sembrando el odio entre los vecinos para provocar, finalmente, la destrucción y el dolor en la mayoría de los hogares, como ocurrió en el caso del mío.

Mi familia, a comienzos de 1936, estaba formada por mis padres, Lorenzo y Pilar, mi abuela Francisca, que vivía con nosotros desde que enviudó en 1924, y mis hermanos: Santiago, de veintiséis años, ya casado y con un hijo; Luis, que entraba en quintas ese año; Eduardo, que cumplía diecisiete en mayo; Genoveva, que tenía doce años, y yo, que era la segunda de veintitrés.

Nuestra situación económica en aquel entonces, después de las privaciones tenidas mientras fuimos pequeños y que obligaron a mi progenitor a ir a buscar trabajo en la CAF (Construcciones y Auxiliar de Ferrocarriles) en Villafranca de Oria, donde nació mi

hermano Eduardo, era desahogada en relación con la mayoría de nuestros convecinos, gracias al trabajo conjunto en la construcción de todos mis hermanos bajo la dirección de mi padre y el mío como modista.

En lo político, nuestras preferencias se decantaban por el republicanismo, ideología que nos había imbuido mi padre, resumida en aquella frase suya de que: «Nadie es más que nadie y a cada uno debe dársele conforme a su valía no por razón de la cuna».

Esta apelación a la meritocracia la hizo extensiva al campo de lo social diciendo: «Que cada uno reciba conforme al valor de su trabajo» o recitando el dicho siguiente: «De tejas abajo, cada uno coma de su trabajo».

Idea que le condujo a rehuir por sistema el trabajo realizado de forma colectiva y, de ahí, a abandonar la CAF y regresar a Azuara donde siempre trabajó a *destajo*. Y, de igual modo, a rechazar enrolarse en ninguna organización sindical, hasta que, a finales de 1936, se vio forzado a ello por razones de supervivencia familiar. Siendo a buen seguro, creo yo, esa forma de trabajar a un tanto alzado, el motivo de gran parte de las falsas acusaciones de que fuimos objeto y nos causaron daños irreparables, porque esos perjurios eran deudores de las obras que le habíamos realizado y como era costumbre nos pagaban una vez recogidas las cosechas, que ese año o no pudieron recogerse, como en el caso de las olivas, o les fueron incautadas. Deudas que ascendían a cerca de veinte mil pesetas, como figura en el cuaderno donde él las asentaba, que encontró mi sobrina Pili en un hueco del granero y todavía conservo hoy.

Su inclinación hacia la ideología republicana, como él comentaba, se produjo en 1920 de la mano de Venancio Sarría Simón, cuando este visitó el pueblo con la finalidad de difundir sus ideas. A consecuencia de lo cual se creó en Azuara, el 6 de junio, el Círculo Republicano con ochenta socios, del que mi progenitor formó parte desde el primer momento, como comentaba orgulloso mostrando un ejemplar del periódico *El Ideal de Aragón* del día 15, del que era director Venancio Sarría. Círculo que fue cerrado, por orden guber-

nativa y sin incidente alguno, poco después del 13 de septiembre de 1923, con el comienzo de la dictadura de Primo de Rivera.

Los nombres que pudimos anotar de nuestros mejores amigos de Azuara, son los que a continuación transcribimos y que son socios todos del nuevo Centro Republicano aquel:

D. Juan José Mariano, D. Gerónimo Ausón, don Gregorio Tomás, D. José Tomás, D. José Casaratos, D. Gregorio Ausón; D. José Alcalá, don César Casamayor, D. Pedro Ramos, D. Daniel Alconchel, D. Eugenio Tomás, D. Joaquín Ibáñez, D. Honorato Jordán, D. Manuel Alconchel, don Manuel Calvo, D. Mariano Fleta, D. Blas Royo, D. Gerónimo Lahoz, D. Mariano Obón Nálvaiz; D. Manuel Martín, D. Orenco Mínguez, D. José Martín, D. Juan Beruete, D. Manuel Guillén, D. Domingo García, D. Pablo Ausón, D. Tomás Alcalá, D. Guillermo Boshuertos, D. Pablo Cubero, don Orenco Blasco, D. Domingo Martín, D. Francisco Mayo, D. Valero Barreras, D. Orenco Magallón, D. Leoncio Mateo, D. Cecilio Valien, D. Pedro Vina, D. Domingo Alconchel; D. Gregorio Fleta, D. Manuel Obón, D. Florencio Obón, D. Jacinto Lahoz, D. José Lastoman, D. Julio Ausón, D. Nicolás Aguilar, D. Domingo Paesa, D. Antonio Rubón, D. José Gascón; D. Antonio Gargas, don Emilio Alconchel; D. José Fuentes, D. Gregorio Vina, D. Tomás Salvador, D. Ramón Ausón, don Jesús Fuertes, D. Vicente Lola, D. Francisco Gortas, D. Pascual Sebastián, D. Joaquín Alconchel, D. Jorge Laporta, D. Pascual Barreras, D. Dámaso Anadón, D. Dámaso Ibáñez, D. Julio Ordoñez, D. Miguel Cubero, D. Miguel Alcalá, D. Moisés Pallarés, D. Florencio Engay, D. Conrado Arizón, D. Felipe Obón, D. Pedro Bosquet, don Fernando Cubero, D. José Alcalá, D. Manuel Miranda, D. Ramón Carrillo, D. Pablo Alcalá, don Miguel Malvaiz, D. Isidro Alconchel, D. Luis Marcos, D. Anselmo Hernando, D. Calixto Martín, D. Moisés Alconchel, D. Luis García Beruete, don Atanasio Pallarés, D. Ceferino Zaragoza, don Martín Royo, D. José Cáncer y D. Tomás Obón.

En 1930 se afilió a Acción Republicana de Manuel Azaña, siguiendo al año siguiente las vicisitudes de esta al integrarse en Alianza Republicana. Permaneciendo en ella aun cuando, después de producirse la escisión del Partido Radical Socialista, su líder en el pueblo, César Casamayor Baquero, le brindase la oportunidad de incorporarse; ofrecimiento que declinó por no compartir la ideología marxista.

Y siguiendo fiel a los postulados de su fundador, cuando este el 3 de abril de 1934 crea Izquierda Republicana, como una fuerza

electoral de izquierda no socialista, se afilia de inmediato a este nuevo partido.

En esas fechas, la convivencia en el pueblo discurría dentro de los cauces de la normalidad, con ligeros altercados propios de los jóvenes, como fue el caso del tenido entre mis hermanos y los dos varones de *Los Royicos*, a causa de los amores, no consentidos por la familia, de mi hermano Luis, don Juan empedernido, con una de sus hermanas.

Avenencia que, al margen de la rivalidad político-social existente entre simpatizantes de los partidos de izquierda y partidarios de los de derechas o entre los jornaleros y los del sindicato católico adherido a la Asociación de Labradores de Zaragoza, mantenían los jóvenes, a principios de 1936, en torno a las actividades culturales tradicionales, cuyo principal exponente era la Banda Municipal de Música, bajo la dirección de Valentín Fleta Herrando, integrada por simpatizantes de todas las ideologías políticas.

E igualmente, en sana convivencia entre jóvenes de distintas ideologías, se celebró el día de los quintos el 31 de diciembre de 1935. Contingente local que ese año lo formaban: Andrés Alconchel Fleta, Agapito Aina Labuena, Baltasar Baquero Cameo, Timoteo Barreras Casamayor, Antonio Barreras Estrada, Agustín Barreras García, Gregorio Barreras Marco, Pablo Bernad Martín, Luis Blasco Marco (mi hermano), Justo Clemente Obón, Mamerto Fleta Mateo, Alejandro Fuertes Lou, Saturnino Gimeno Casamayor, Marcelo Gimeno Morata, Basilio Gracia Soro, Pedro Ibáñez Marco, Leonardo Lahoz Clemente, Domingo Lisbona Fleta, Fausto Magallón Grasa, Julián Miguel Gorgas, Roque Oliván Casao, Segundo Padilla Aina, Tadeo Sarto Fleta, Juan Sarto Plou, Jesús Sebastián Mateo, Gregorio Soriano Royo y Segundo Soro Alconchel. Pasando a cobrar *la manta* a los novios forasteros. Y, de igual modo, a pedir de casa en casa *las estrenas*, el día de Reyes a la salida del sol, después de la *vinatada* en el matadero, donde pasaron la noche y *recenaron*.

Pero este equilibrio comenzó a deteriorarse con las elecciones de febrero de 1936, después de ir llegando al pueblo noticias de los

cuarenta y un muertos y ochenta heridos graves habidos durante la campaña electoral y de las irregularidades habidas en diversas provincias el día 16. Lo que fue generando un ambiente de discordia entre los que hasta solo un mes antes compartían mesa y divertimentos, derivando pronto en malquerencia, cuya primera consecuencia fue la disolución de la Banda Municipal.

Materializándose ese desencuentro, el 24 de marzo, con el establecimiento en Azuara del Centro Obrero de Oficios Varios, afecto a UGT, con cuarenta y cinco socios, que, regido por Ricardo Lorda Fanlo, fijaba su domicilio social en el Café Goya de la calle Pesegu, 1; en contraposición al de los considerados ricos, o Café de Los Pelaires, ubicado a escasos metros en la calle Mayor, 25, y al Casino del Sindicato de Labradores Católicos, situado en el Ferial, 33.

Y, como resultado de ello, comienzan los intentos de la sindical para controlar los contratos, lo que iba a originar conflictos con la patronal que, finalmente, ante la inhibición de la Guardia Civil, se ve abocada a avenirse a ello, cuando en la madrugada del día 30 de marzo la radicalización de la postura sindical contra el Sindicato de Labradores Católicos, personalizada en el párroco don José Sala de Pablo, llevó a algunos desaprensivos incontrolados a asaltar y saquear la iglesia robando varios objetos de culto e intentar asaltar la ermita de San Nicolás. Hecho este que sería investigado por el Cuerpo de Vigilancia e Investigación, que desplazó agentes a Azuara el 5 de abril en busca de armas, sin resultado positivo alguno.

También tras estas elecciones, el gobernador civil designa una Comisión Gestora que sustituyó a la anterior Corporación Municipal, entrando a formar parte de ella mi padre junto con los también militantes de Izquierda Republicana: Francisco Loren Esteban (en funciones de alcalde), Gregorio Gracia Pelegrín (en funciones de teniente alcalde) y, como concejales, Juan Larbán Brocq, Dionisio Soro Alcalá, Francisco Gorgas Alcalá, Benigno Martín Nadal, Daniel Alconchel Peg, José Felipe Abas y Emilio Ibáñez Alcalá.

Pero a consecuencia del estallido de la Guerra Civil, el día 20 de julio de 1936, el cabo de la Guardia Civil, por orden del capitán general de la v Región Militar, y tras declarar el estado de guerra, procede a disolver la Comisión Gestora de Izquierda Republicana, sin que tomara ninguna otra acción contra sus componentes que la de sustituirlos por los de la anterior Corporación Municipal, designada en 1933 por el gobernador civil, y formada por: José Tomás Ansón (como alcalde), Pedro Nebra Marco (como teniente alcalde) y, como concejales, Pablo Soro Hernández, Martín Ansón Garcés, Florencio Fleta Herrando, José Lorda Fleta, Miguel Aniesa Gracia, Miguel Grasa Herrando y Joaquín Alcalá Fleta.

No hubo aquí, a diferencia de lo que ocurrió en otras localidades cercanas, violencia en este relevo, sino tan solo enfrentamiento verbal y exhibición de armas. Pero vino a crear el clima de ruptura social entre los que tenían ideologías de distinto signo, propiciando que, escasas semanas después, el péndulo de la violencia traída por las milicias anarquistas de la columna Carod-Ferrer comenzara su trágico vaivén.

Ruptura que se hizo más patente entre los jóvenes, cuando los militantes de derechas se vinieron arriba ante esta nueva situación, presionando al comandante de puesto de la Guardia Civil y al alcalde nacionalista para que, como había ocurrido en otras localidades, procediese a detener a los más destacados izquierdistas. Llegando a denunciar ante el mando de Belchite la renuencia del cabo en ese sentido, de lo que trajo noticia el tío Antonio *el Tartanero*, quien, según mi novio Doroteo, comentaba en el taller de carruajes de mi futuro suegro y del tío Sergio, su socio:

—Vengo de Belchite y a fe que vengo asustadico, porque los falangistas están recorriendo los pueblos, disolviendo a los Ayuntamientos del Frente Popular y deteniendo y, en algunos casos, fusilando a personas de izquierdas.

—¡Hombre!, pero aquí no creo que vengan —le respondió mi Doroteo—, porque a los que formaban el Ayuntamiento del Frente Popular ya los destituyeron los de la Guardia Civil y pusieron a

los de derechas. Y ahora, tanto el cabo de la Guardia Civil como el alcalde no han querido detener a nadie.

—¡Fíate y no corras! —dijo entonces tío Antonio el Tartanero—. No vaya a suceder aquí lo que ya ocurrió en Mediana.

—¿Qué ha sucedido, pues? —inquirió mi novio.

—Algo que por nada del mundo quiero que suceda aquí y por eso os prevengo —comentó tío Antonio el Tartanero—. Pues, ni más ni menos, que varios vecinos de derechas, después de que la Guardia Civil forzase el relevo en el Ayuntamiento, acudieron al nuevo alcalde, José Perún, y a la Guardia Civil con una lista de izquierdistas para que los detuvieran y, ante la negativa de estos, decidieron acudir al comandante militar de Belchite, que sí les escuchó, procediendo a la detención de varias personas de izquierdas, incluido el que había sido alcalde republicano Pascual Agüelo Salvador, desconociéndose cuál ha sido la suerte de los detenidos.

—¡Joder! —exclamó Doroteo—. Pues seguro que aquí habrá más de un cabrón que quiera hacer lo mismo. Así que ahora mismo voy a avisar a los Valencias y a todos los demás. ¡Gracias, tío Antonio!, se lo agradezco.

—No lo dudes, hijo mío —sentenció tío Antonio el Tartanero—. Pues amenazar al cabo y al alcalde con hacerlo, me ha dicho Andrés el guardia, ya lo han hecho.

Cuando llegó Doroteo a mi casa, en medio del bochorno de finales de julio, solo estábamos mi abuela Francisca, mi madre, mi hermana Genoveva y yo, que nos disponíamos a comer, por lo que mi madre le dijo:

—Pasa hijo, pasa. Que donde comen cuatro, bien pueden comer cinco, y nosotras nos disponíamos a hacerlo. Pero ¡demonios!, ¿qué diantre te pasa para venir tan sofocado? —añadió.

—Pues, dejando aparte el calor, que en cualquier momento pueden venir los falangistas de Belchite a detenernos para luego liquidarnos a los que somos de izquierdas, como ya han hecho en otros pueblos —contestó mi Doroteo.

—Y eso de dónde lo sacas tú —le respondió mi madre—, si aquí la Guardia Civil y el alcalde que pusieron se negaron a hacerlo, como le comentó a mi Lorenzo el propio José Tomás.

—Ya, ya —replicó mi Doroteo—, eso mismo ocurrió en Mediana de Aragón y, como se enteró el tío Antonio el Tartanero, que es quien nos ha venido a avisar, fueron los de Belchite con dos coches a detenerlos y ahora nada se sabe de ellos. Así que hay que avisar a los hombres que se queden en el monte hasta ver qué pasa —añadió.

—Ellos están en El Saso haciéndole un corral al tío Simeón Pina *el Parrapí* —le indicó mi madre—. No sé si sabes dónde está. Pero de todas formas, ellos bajarán al caer la tarde.

—Sí sé dónde está, porque hace poco que tuvimos que subir a arreglar allí la rueda de uno de los carros del tío Parrapí —contestó mi Doroteo—. Y creo es mejor que vaya a decírselo y llevarles comida para que se queden allí, y yo me quedaré con ellos, no vaya a ser que estos cabrones nos den un disgusto cuando menos lo espereamos. Pero primero tengo que avisar a unos cuantos más y coger algo de comida en casa. Así que, si le parece, dentro de una hora más o menos vendré a recoger lo que me tenga preparado para ellos.

—Está bien, hijo, seguramente es lo mejor, pues tal como está todo, cualquier cosa puede pasar —razonó mi madre—. De modo que pásate cuando hayas terminado y para entonces, ya tendremos preparado *recado* para unos cuantos días. Pero entra y siéntate con nosotras a comer algo —añadió.

—No, gracias —contestó mi Doroteo—, porque es hora de que estén todos en casa y después igual se marchan al campo, y además quiero avisar cuanto antes a mi madre para que me tenga preparado lo mío.

—Como tú quieras —respondió mi madre—. Aquí te tendremos todo listo cuando vengas.

—Vale, hasta entonces —contestó mi Doroteo cuando salía.

No tardó la hora que había dicho en volver mi novio y venía acompañado ahora de Máximo *el Herrero*, a quien su hermana

Lucía, enterada por Doroteo de la situación y aprovechando que este tenía que llevar en el carro una reja y una cancilla para que las colocaran los míos en el corral que estaban construyendo, había entregado una buena talega de comida para mi hermano Santiago y marido suyo.

Al igual que ocurrió con los de mi familia, alertados de lo que estaba ocurriendo en los pueblos cercanos, la mayoría de los cargos públicos y de los jóvenes de izquierdas se refugiaron en los montes próximos o se ocultaron en los lugares más insospechados dentro de las casas, como me contaba Ángel Laín:

—Cuando llegaron los falangistas de Belchite, yo y otros dos nos escondimos dentro de la choza del tocino en la casa de *el Matracas* y no nos encontraron.

Seguramente por ello en Azuara no hicieron muertes ni detenciones, pues la Guardia Civil y el alcalde se mantuvieron en todo momento al margen y, a buen seguro, no se lo hubieran impedido. Como no le impidieron que ese día 3 de agosto fusilaran en la pared del cementerio al vecino de Fuendetodos, Fernando Lucientes Gazo.

II

COMIENZA SU TRÁGICO BATIR DESDE LA IZQUIERDA

El día 7 de agosto llegó muy temprano, como era su costumbre, el tío Ramón Ansón *el Virgilio* o *el Yesaire*. Venía a traer el yeso que mi padre le había dejado encargado cuando estuvo a mediados de julio, días antes de que los militares se sublevaran.

Traía cara de preocupado y pronto supimos cuál era el motivo: habían llegado a Lécera milicianos procedentes de Cataluña y, en principio, ya le habían quitado el macho y uno de los dos carros; le habían obligado a dar alojamiento y comida a cuatro milicianos, que se comportaban como dueños y señores de la casa, molestando constantemente a las chicas y tratando al Ramoncico como su criado.

—No sé cómo acabará todo esto —concluyó—. Pero creo que será malo para todos, pues si los falangistas que vinieron de Belchite hicieron alguna que otra barbaridad, estos nada más llegar ya nos quitan hasta el medio de vida.

—Pues mira el panorama que tenemos aquí —respondió mi madre—. Los hombres en el monte por miedo a que los falangistas vuelvan y hagan con ellos lo que ya han hecho en otros pueblos solamente por ser de izquierdas, mientras esperan la llegada de los suyos que, como dices, van a hacer con los de derechas igual o peor. Y después dicen algunos que, al no haber clases sociales, se acabarán las injusticias y nadie pasará necesidad.

—A lo mejor tienen razón —contestó el tío Ramón—. Pero yo solo creo en el trabajo para salir adelante y de eso vosotros dais muchas lecciones, por eso ya me explicará Lorenzo qué es ser de izquierdas o de derechas porque yo de eso no entiendo ni quiero entender. En fin, Dios quiera que lo que suceda sea para bien de todos nosotros y de España entera. Bueno, pero, de momento, si me abres la paridera, voy a descargar, porque he de estar de regreso cuanto antes para ver si puedo llevar en el día otra carretada a Plenas —añadió.

—Vete yendo para allá, que a escape voy yo a abrirte —le respondió mi madre—. Y ahora mando a mi Genoveva a casa de mi consuegra Rita a ver si alguno de los chicos puede venir un momento a ayudarte.

De los hijos de la tía Rita vino a ayudar a la descarga Julián, muy amigo de mi hermano Luis, con el que era quinto, y también como él de izquierdas, aunque todos los de su familia fueran de derechas. Quien, enterado de que los milicianos de Cataluña ya estaban en Lécera, se fue rápidamente a comunicarlo a varios más que se habían quedado en el pueblo para que estos, a su vez, fueran a avisar a los que estaban escondidos en el monte, mientras él se desplazó a El Saso a avisar a los de mi familia.

Ya de noche cerrada, para evitar ser vistos, llegaron mi padre y mis hermanos, decidiendo mi progenitor que él se quedaría en el pueblo, mientras mis hermanos y, según dijeron, hasta un total de sesenta y seis personas marcharon a Lécera.

Pero esa misma noticia por la que los de izquierdas marcharon a Lécera a unirse a la columna que había llegado allí la tuvieron también los de derechas, quienes, a su vez, al parecer a través de la Guardia Civil, recibieron la de que Muniesa había sido tomada por otra columna de milicianos.

Confluencia de noticias esta que provocó una auténtica diáspora de estos últimos, en especial de las familias más pudientes y los más comprometidos, como fue el caso del cura, don José Salas de Pablo, que desapareció esa noche, notando los feligreses de misa diaria su falta al día siguiente, sábado 8. Marchando la mayoría de los jóvenes de derechas a ponerse a disposición del capitán general, unos como voluntarios y los de las quintas del 31 al 34 para cumplimentar su llamada a filas.

Abandonando también Azuara, finalmente ese día, todos los componentes del puesto de la Guardia Civil.

Con esa misma tónica comenzó la semana del 10 de agosto hasta que, a media tarde del miércoles 12, llegaron al pueblo sin disparar un solo tiro, porque aquí ya no quedaban fuerzas que se les opusieran, a bordo de una heterogénea hilera de vehículos en los que, pintadas a brocha, aparecían las siglas CNT y FAI. Eran los componentes de la avanzadilla de la columna Carod-Ferrer, capitaneados por un valderrobrense conocido como *Batiste*.

Y lo hicieron en medio de las ilusionadas expectativas de los que simpatizábamos con los partidos de izquierdas y el temor de los militantes y partidarios de la derecha que no pudieran o no quisieron huir del pueblo. Expectativas que muy pronto decayeron en algunos de nosotros y temor que se convirtió en terror en los de derechas, cuando nada más entrar en el pueblo, en un alarde de vesánica barbarie, comenzaron de inmediato a quemar el retablo y los objetos religiosos de la iglesia, así como los archivos municipales, a la vez que lanzaban un bando conminando a todos los que tuvieran imágenes religiosas en casa a que las sacaran a la calle y las quemaran públicamente, porque, de no ser así y si en un registro posterior se le encontraran, lo pagarían con la vida.

Convirtiendo poco después las paredes del cementerio del pueblo y los parajes cercanos del Plano de Samper y El Barranquillo en lugares de fusilamiento de vecinos del lugar y de localidades cercanas. Siendo la primera víctima el vecino de Almonacid de la Cuba, José Plou Borau, al que trajeron el día 20 para fusilarlo en la pared del cementerio a continuación.

Pero ese mismo día, en el control establecido por los milicianos en el portal de Fuendetodos donde estaba de guardia el vecino de Azuara Andrés Plou Bello, detuvieron a las también vecinas del pueblo Florentina Gracia y Encarnación Cubero, que regresaban de Zaragoza, a donde habían huido a primeros de mes con los demás de derechas. Y tras cachearlas impúdicamente, comprobaron que eran porteadoras de una carta que María Tomás Aloras le enviaba desde

la capital a su marido José Tomás Luna *el Cascadica*, en la que le pedía se fuera él también allí junto con el tío Nicolás Barreras Salvador y llevándose el rebaño de ovejas para poder subsistir.

Esto provocó que, el 21, el jefe de los milicianos ordenara la detención de el Cascadica, primo hermano de mi Doroteo e íntimo amigo de mi hermano Santiago, un hombre que era apreciado por la mayoría y que no militaba en ningún partido, al cual encerraron en el calabozo del ayuntamiento. Apareciendo al día siguiente su cadáver, al que habían rociado con gasolina y quemado, en el paraje denominado Plano de Samper, lugar situado en la margen izquierda de la carretera de Azuara a Muniesa, poco después de que la centuria de Batiste regresase, por dicha carretera, a esta última localidad, donde se encontraba el Cuartel General de la Columna. Más tarde, una vez constituidos los Comités de Guerra y Local Antifascista, le requisarían la casa, dos caballerías y todo el ganado.

La forma en que fue asesinado el Cascadica llevaba el sello de Batiste, quien con total sangre fría ya había quemado vivo al alférez jefe de línea de la Guardia Civil de la localidad turolense de Valderrobres, don Eduardo Gómez Borrero, el día 27 de julio, en el paraje Mas de la Sardina de La Portellana (Teruel).

Modo de hacer con que se produciría, sobrepasando el centenar solamente en la localidad turolense de Muniesa, a través del equipo de ejecutores comandado por su hombre de confianza, Antonio Aranda Gadea el Barbas, como pone de manifiesto la declaración del enterrador de ese lugar.

Información tomada por el núcleo de esta localidad que formalmente sobrevivió en el subterráneo de los cuarteles durante la fase roja de la guerra. (Aranda Gadea el Barbas el 26 de julio de 1936, cuando militaba en acción de esta localidad en el cuartel de Muniesa).
Que durante el momento de la guerra, y durante de algunas horas (cuando se iba a hacer la guerra) los que están reñados en una guerra, entre el momento de la guerra con palabras. - Que antes de una submersion y otros cosas de las comunistas (Jorge Garmón) y el Caballero (Antonio Gadea) y el Barbas el Barbas. Por ser imposible el estudio, cuando se habla de la guerra ya miles de personas más en los cuarteles, y en otros cuarteles que Valderrobres (La Portellana, etc.). - Que ya fueron destruidos.